



22 de febrero de 1891

Sobre la vida interior Parecerse a Jesucristo

Santa María Eugenia de Jesús

Queridas hermanas,

Quisiera hablaros un momento de la vida interior. Para que la vida interior se arraigue en nosotras, hay un principio fundamental: la humildad.

Ante todo, es necesario comprender que por nosotras mismas no podemos nada, no valemos nada y no sabemos nada. Esto parece fácil cuando nos lo decimos delante de Dios: “No puedo nada, no valgo nada, no sé nada”. Pero cuando alguien más lo piensa o lo dice de nosotras, ya no nos resulta tan sencillo aceptarlo: entonces creemos que valemos algo y que sabemos mejor que los demás lo que hay que hacer. ¿Saben por qué esta humildad es lo primero y el fundamento de la vida interior? Porque nos hace comprender que no podemos nada sin la oración. Es por la oración como somos fuertes; es apoyándonos en Nuestro Señor como encontramos la fuerza necesaria para trabajar en la vida interior, para cambiar y transformarnos. Se necesita fuerza para eso, y nosotras no la tenemos. Dios sí la tiene y siempre está dispuesto a dárnosla. Pero para recibirla es necesario que tengamos un profundo sentimiento de nuestra debilidad y de nuestra impotencia.

Puedo resumir la vida interior en tres puntos.

1.º Evidentemente, la vida interior es una transformación. Y esta transformación se realiza por la semejanza con Nuestro Señor en tres aspectos: las acciones, los pensamientos y los sentimientos. Si tuviéramos todos los sentimientos y todos los pensamientos de Nuestro Señor y lo imitáramos en su modo de actuar, estaríamos muy adelantadas en la vida interior. Pero esta debe ir todavía más lejos: debe llevarnos a una unión habitual con Él. San Pablo escribe: *Que Cristo habite en vuestros corazones por la fe*¹.

Todas tenemos fe, pero a veces nos falta vivirla con fuerza y constancia. Nuestra alma no siempre es lo suficientemente pura ni humilde; sin embargo, Jesús habita dentro de nosotras. Es allí donde debemos buscarlo.

También debemos encontrarlo en el Evangelio. Recomiendo especialmente a las más jóvenes que mediten con fidelidad y cuidado todas las palabras del Evangelio. Nuestra vida debe ajustarse a la de Nuestro Señor. ¿Cómo sabremos qué debemos hacer si no estudiamos con atención el Evangelio? ¿Y cómo lo sabremos si no observamos cómo actuó Nuestro Señor

¹ Ep 3,17

con todas las personas: ¿con amigos y enemigos, con buenos y malos?

Mirad cómo actuó Nuestro Señor frente a todo lo que se le presentó: los sufrimientos más duros, las angustias más profundas, los afectos más legítimos y santos. Porque, al fin y al cabo, dejó incluso a su Madre, que era toda pureza y santidad, para cumplir la voluntad de su Padre. Se lo había dicho desde el comienzo: “¿No sabíais que debo ocuparme de las cosas de mi Padre?”² La dejó para enseñar y realizar lo que Dios le pedía para nuestra salvación.

2.º Si estudiamos bien el santo Evangelio, y nos empapamos de los pensamientos y de los sentimientos de Nuestro Señor, estaremos mejor dispuestas a vivirlos. Todos sus pensamientos estaban orientados a la gloria de Dios, y eso es precisamente lo que debe buscar una religiosa: *Te alabamos, te bendecimos, te adoramos, te damos gracias por tu inmensa gloria*; tales eran los pensamientos de Nuestro Señor caminando en medio del mundo. Ante todo, fue adorador de su Padre; buscaba siempre cómo glorificarlo y honrarlo. Para hacerlo como Él, no tenemos otro camino que unirnos a Él, el glorificador, el Santo.

Decimos en el *Gloria*: *Tu solus sanctus, tu solus Dominus, tu solus altissimus*³. Solo Él puede dar a Dios la gloria perfecta, y lo hace en el sacrificio de la Misa y en la santa Eucaristía; también lo hace por medio de su Iglesia, y su Iglesia somos nosotras. Sois miembros de su Iglesia y estáis unidas al Hijo de Dios para glorificarlo y honrarlo. Por eso no debe sorprendernos que Nuestro Señor espere de nosotras honor, gloria, alabanza y bendición; eso es lo que debemos ofrecerle por el Oficio y por toda nuestra vida.

3.º Después de los pensamientos, los sentimientos. ¿Qué pensará Nuestro Señor cuando ve en el corazón de sus esposas sentimientos de enojo, irritación, celos, o cualquier otro sentimiento imperfecto? En Él, en cambio, siempre encontramos amor, caridad y paciencia. Todo en su corazón estaba en armonía con la gloria de Dios, que era el centro tanto de sus pensamientos como de sus sentimientos. Él mismo nos dijo: *Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón*⁴.

En Jesús encontraréis siempre un corazón manso y humilde, lleno de bondad y misericordia; así se ha mostrado a nosotras y así quiso que fuera su Iglesia, a la que confió la misión de perdonar siempre. En el Corazón de Jesús hay sentimientos siempre buenos, siempre misericordiosos, siempre pacientes, siempre humildes, y el corazón de la religiosa está hecho a esta imagen.

Vosotras tenéis una tarea difícil en la educación: es necesario mantener la autoridad y corregir a las niñas; pero siempre de modo que ellas perciban la bondad, incluso cuando se las reprende.

Lo mismo ocurre con las superiores: deben corregir y hacer observaciones para ayudar a las personas a corregirse y avanzar en todo lo que Dios espera de ellas, pero sin perder nunca la benevolencia y la bondad de fondo.

Es necesario educar a las niñas para que hagan lo que se les pide; eso implica una exigencia favorable, sin la cual no se lograría hacer de ellas buenas cristianas. Es justo ejercer cierta firmeza con las niñas, pero hay que hacerlo por un principio superior: el de la bondad. Se corrige porque se busca su bien; se tiene interés y se las quiere, no por enojo ni porque resulten insoportables. Se les reprende porque es necesario formar mujeres cristianas firmes y fervorosas, muy distintas de las niñas caprichosas, voluntariosas y débiles que nos son confiadas.

En la primera etapa de su educación, se les conceden todos sus caprichos; las niñas reciben ejemplos que distan mucho de ser perfectos; se cuida excesivamente del cuerpo y se

² Lc 2, 49

³ *Sólo Tú eres Santo, Sólo Tú Señor, Solo Tú Altísimo.*

⁴ Mt 11, 29

descuida el alma; se le da todo lo que le agrada. En la mayoría de las educaciones ocurre así. Poco importa el alma, con tal de que el cuerpo esté bien atendido; es un asunto de gran importancia para los padres, y aun así no logran el resultado esperado, pues muchas veces el niño adquiere el germen de alguna enfermedad. Un dentista me decía que muchos problemas dentales vienen del exceso de dulces que se da a los niños: caramelos, golosinas. Se sabe, y sin embargo se sigue haciendo en las familias. Lo mismo sucede con todo lo demás. Ese no debe ser nuestro modelo de educación.

Nuestro Señor también habló con firmeza y severidad a sus apóstoles. A san Pedro le dijo: “: *Apártate de mí, Satanás; eres para mí un escándalo*⁵, y a los demás apóstoles: *No sabéis de qué espíritu sois*⁶, cuando querían hacer descender fuego del cielo sobre ciudades que no los habían recibido. No son palabras agradables de oír. Las superiores no hablan con tanta dureza, pero a veces deben decir : “No saben lo que hacen; no se santifican; viven según la naturaleza y no según la gracia”. Eso es necesario, y en esto Nuestro Señor sigue siendo nuestro modelo. Creo que la palabra más fuerte que pronunció fue la dirigida a san Pedro, que citaba antes.

Por tanto, hermanas, para seguir a Nuestro Señor y parecernos a Él, es necesario estudiar bien el Evangelio y aplicar sus enseñanzas a toda nuestra vida, exterior e interior, formando nuestro corazón, nuestros pensamientos, sentimientos y acciones según los suyos. Este es el único camino de la unión con Dios. Con la ayuda de la gracia, podemos recorrerlo. Sabemos que, cuando una resolución no se mantiene, suele ser por debilidad, infidelidad o descuido, porque se ha vivido según el propio criterio y no bajo la acción del Señor.

No podéis practicar muchos ayunos ni grandes austeridades y tampoco otras religiosas dedicadas a la educación hacen más que nosotras. Pero aprovechemos este tiempo de Cuaresma para crecer en la semejanza con Nuestro Señor, para meditar el Evangelio con atención, considerando cada palabra y cada acción, para ver la diferencia que existe entre Nuestro Señor —sus pensamientos, sus palabras y sus acciones— y nosotras, en nuestros pensamientos y sentimientos.

⁵ Mt 16,23

⁶ Lc 9, 55-36 (Vulg)